



**46 RELATOS DE MARIO MENDOZA  
QUE HABLAN SOBRE NUESTRA REALIDAD  
Y EL FUTURO QUE NOS ESPERA**

**Si te gusta leer**, estás invitado a hacer parte de nuestras comunidades **en redes sociales:**



@Planetadelibrosco



@Planetalibrosco



También tenemos un espacio para los amantes de la ciencia ficción, la fantasía y el cómic:



@serfrikiesmiplan



Otro dedicado al bienestar, el empoderamiento y el desarrollo personal:



@cuidarmeemiplan



Y uno para quienes disfrutan del ensayo, la crónica y lo mejor de la literatura:



@leeresmiplan

Encuentra tu próxima lectura favorita en

[www.planetadelibros.com.co](http://www.planetadelibros.com.co)

## Capítulo I

### AL BORDE DE SÍ MISMOS

## EL ASESINO DEL HASHTAG

Abro el periódico y veo que Alemania volvió a la cuarentena obligatoria. Temen que las fiestas invernales generen una segunda ola de contagios incontrolable. Francia está igual y España se encuentra con toques de queda y las perimetrales cerradas. En Colombia hay alerta roja en varias ciudades, y los médicos y enfermeras claman por un aislamiento obligatorio prolongado porque las camas de cuidados intensivos están ocupadas en su totalidad. El contagio puede convertirse en un número escandaloso de enfermos y muertos por doquier. Aun así, la gente salió de vacaciones, hizo planes y celebró como un mecanismo de negación. No desean enterarse de más muertes, no quieren saberse finitos, no pueden imaginar que tal vez la enfermedad ha llegado para liquidarlos justo a ellos. No, eso no va a suceder: por eso intentan representar una obra de teatro en aeropuertos, hoteles y almacenes en la cual no hay virus, ni pandemias, ni cuarentenas. No pasa nada. Todo sigue igual. Sin embargo, en silencio, el virus avanza, se multiplica, cada día se hace más sofisticado, más eficiente.

Hace unas semanas murieron diez sacerdotes jesuitas en una residencia especial que tenía la comunidad en Chapinero. Alguien debió ingresar el virus en la edificación y este se esparció en cuestión de pocos días. Es como convertirse en asesino serial sin querer, sin intención alguna. En la lista reconozco a viejos maestros míos del Departamento de Literatura de la universidad. También murió el padre Llanos, un columnista genial cuyo espacio en el periódico me encantaba leer hace unos años.

Murió Luis Sepúlveda, murió John Le Carré, murió Sean Connery, murió Rubem Fonseca, murió Quino, murió Juan Marsé, murió Albert Uderzo, acaba de morir Armando Manzanero. El mundo conocido parece estar desintegrándose en mil pedazos. Todo lo que alguna vez amamos y admiramos se desvanece como agua entre los dedos.

Para empeorar las cosas, la nueva cepa del virus que surgió en Inglaterra parece haberse esparcido ya por todo el planeta. Los primeros informes indican que se trata de una mutación más contagiosa, con una capacidad de proliferación mucho mayor. Ya cruzó fronteras y hay enfermos en Holanda, Japón y Australia. No se sabe si las vacunas protegerán a la población o no de esta nueva cepa.

Los largos encierros nos han convertido en anacoretas cibernéticos despistados, en adictos a películas y series de televisión que duran días enteros. Vivir en pijama es ahora perfectamente posible para millones de personas. Eso nos va aletargando, nos va convirtiendo en eficientes empleados condenados al teletrabajo que cuando descansan lo único que hacen es cambiar de pantalla y ya está. Hay una neoesclavitud de la que muy pocos parecen estar dándose cuenta.

También en las noticias internacionales se habla de *El asesino del hashtag*, Takahiro Shiraishi, un japonés que contactaba a suicidas por la red con el pretexto de ayudarlos a morir. En realidad, manipulaba a sus víctimas, les ponía una cita en su apartamento con el argumento de que podía ayudarlas a irse de este mundo, y las violaba, las asesinaba, las descuartizaba y se quedaba con todas sus pertenencias. Cuando la policía lo detuvo en la mañana de Halloween, encontró pedazos de cuerpos en la nevera y en una caja de herramientas. Una historia fantástica para una novela.

Para cerrar el artículo, el periodista habla del incremento de la tasa de suicidios durante la pandemia. Muchos jóvenes saben ya que sus vidas están liquidadas. Por lo menos dos generaciones saldrán sacrificadas a causa del virus: recesión económica, desempleo, falta de fondos para becas y estudios. Mejor una noche de sobredosis de somníferos que décadas de hambre y pesadumbre.

Una novela con un ángel exterminador bondadoso que ayuda a morir a todo aquel que desea matarse es una gran idea. Takahiro Shiraishi como un viajero urbano que está convencido de su bondad, como un elegido que debe salvar a unas almas atormentadas mientras camina por la ciudad con sus sogas y sus cuchillos metidos dentro de un maletín escolar.

En cada peste que ha habido a lo largo de la historia los afectados hablan de la muerte recorriendo los pueblos y las ciudades con la gauda en alto. Takahiro sería el aventurero tanático que viaja por la ciudad rescatando a los deprimidos y a los suicidas de los horrores de la plaga.

En el pasado no hubiera dudado un solo momento en sentarme a planear ese libro: el asesino sensible y comprensivo, las redes sociales con su algarabía y su sensiblería teatral, y la pandemia como telón de fondo negro y mortuario. Una historia gótica a la altura de estos tiempos.

El problema es que siento que no hay tiempo para ello. Escribir una novela mientras el barco se hunde es imposible. Los minutos, las semanas y los meses se han acelerado vertiginosamente. El presente mismo se viene acortando día a día. Hay escenas que nos dan la impresión de estar ya en una distopía futurista: la gente comprando en el supermercado con capas y máscaras antigás, una familia entrando con sus hijos en un búnker, una pareja casándose con trajes de astronauta.

Una tarde cualquiera intenté recordar hacía cuánto no caminaba por la playa y mojaba mis pies en el mar. Me parecía una eternidad. Me tropecé una foto en las solitarias playas de Marbella, en Cartagena, un año atrás. No podía ser. ¿Un año apenas? Algo le había sucedido al tiempo: estaba dislocado, desenfocado, roto.

Y sí, en esto nos hemos convertido: en personajes secundarios, en extras que pasan al fondo de la escena sin saber adónde se dirigen, amnésicos, monologando, perdidos, sin respetar los parlamentos. Lo peor de todo es que esta película no tiene libreto ni director. Cada quien participa como quiere y hace lo que puede. Título del film: *Dios está cansado y se ha ido a dormir a otra parte.*

## NADIE ES NORMAL

Karla es una chica de clase media, estudió Biología y se graduó con honores. Es muy audaz a nivel intelectual, introspectiva, desconfiada, solitaria. Su historia daría para escribir toda una novela.

Cuando tenía diez años de edad la diagnosticaron con trastorno obsesivo compulsivo. Su habitación estaba siempre impecable, ordenada de manera precisa, sin polvo ni mugre. En su armario la ropa estaba clasificada por colores, por matices, perfectamente doblada en los cajones. Y, si alguien le cambiaba de lugar un par de medias o le movía un lápiz en su escritorio, era una tragedia. En el colegio se burlaban de sus manías de orden y escrupulosidad, pero ninguno podía disputarle el primer puesto. Era de lejos la mejor estudiante, la más aplicada, la que siempre estaba dos o tres pasos por delante de los demás.

Cuando llegó la adolescencia el problema se acentuó. Su primera menstruación fue una tragedia. Empezó a sentir que ese flujo de sangre mensual estaba lleno de virus, de bacterias, de seres invisibles y peligrosos. Sus rituales de limpieza durante esos días eran interminables: se bañaba en la mañana, al mediodía, en la tarde y en la noche; se desinfectaba, se cambiaba la toalla higiénica cada dos horas, se lavaba las manos con jabones especiales y con gel antibacterial. Sus padres ya no sabían qué hacer con ella. Iba a terapia con una psiquiatra mujer, pero el trastorno continuaba apoderándose de su vida poco a poco.

Sus otras amigas empezaron a salir a fiestas, a relacionarse con muchachos y muchachas de otros colegios, a tener relaciones sexuales. A ella el solo hecho de pensar en un beso le parecía aterrador. La boca de la otra persona le parecía una cueva llena de bichos y la saliva era un flujo donde corrían millones de microorganismos invisibles. Qué asco. Le daba igual si pensaba en besar a una chica o a un chico. El horror era el mismo. No podía ni siquiera saludarse con un beso en la mejilla. Si alguien se lanzaba sobre ella y le estampaba un beso en el cachete sin darle tiempo de esquivarlo, tenía que dirigirse enseguida al baño a lavarse con jabón y después se desinfectaba gracias a un frasquito donde siempre llevaba una pequeña dosis de alcohol para emergencias.

Debido justamente a esa obsesión decidió estudiar Biología. Como era de esperarse, a lo largo de la carrera encontró todas las razones y los argumentos para mantenerse alejada aún más de un contacto con los otros. Tampoco soportaba las casas o los apartamentos donde había perros, gatos o pájaros. Las salidas de campo eran para ella una auténtica tortura. No viajaba en transporte público jamás. Se compró una bicicleta a la que no permitía que se acercara ninguna persona. Muchas veces, cuando se vio en la necesidad de tomar un taxi, prefirió irse a pie hasta su casa con tal de no tocar superficies que ella imaginaba contaminadas. Su vida era una pesadilla desde que se levantaba hasta que se acostaba.

Seguía siendo virgen, obviamente, aunque sí le atraían algunos de sus compañeros de clase. Anhelaba una relación, la amistad, la camaradería, la complicidad, pero cuando se imaginaba el contacto físico, las caricias, los besos, los patógenos entrando por su garganta y atacando todo su sistema inmunitario, el deseo desaparecía por completo. Era algo superior a ella. Y si se sentía incapaz de darse un beso, ir a tener una relación sexual era una empresa imposible. El intercambio de fluidos le producía un asco que la condenaba a seguir tal y como estaba, virgen y sola.

En una conversación con su madre, le confesó alguna noche:

—Estoy cansada de sentirme como un monstruo.

—Nadie es normal, Karla —le dijo su madre con sinceridad—. Todos tenemos algo que nos extrapola, que nos saca, que nos impide sentirnos a gusto con nosotros mismos.

—Pero no a este nivel. La gente sale, comparte, va a cine, baila, se enamora, disfruta de la vida. Yo no.

—Eso es lo que vemos desde afuera —volvía a decirle su madre para darle cierto ánimo—. Pero si acercamos el lente empiezan a aparecer las crisis, las depresiones, las psicosis, las culpas. Toda vida tiene su infierno.

Cuando Karla se graduó, de inmediato le ofrecieron una beca para ir a estudiar a una universidad en Estados Unidos. Su promedio era único en la historia de su facultad y era famosa entre los profesores. Ella se preparó para partir, multiplicó las citas con su psiquiatra para buscar fortalecerse al máximo, preparó un protocolo diario de asepsia que le permitiera estar por fuera del país sin llamar mucho la atención, y, cuando ya le habían enviado el tiquete de avión y estaban listos para hospedarla en Boston, apareció la noticia mundial de una epidemia en China que podía convertirse en una pandemia mundial. Cada semana la situación empeoraba, el virus traspasó fronteras, empezaron los países europeos a acuartelarse, luego el resto del planeta entró en confinamiento y en cuarentenas que se abrían y se cerraban, según las cifras del contagio.

Si para todos nosotros el miedo a enfermarnos y a morir en una sala de cuidados intensivos es una idea que no nos deja dormir, para Karla es una pesadilla inenarrable que la paraliza de terror, que le impide incluso abrir la ventana de su habitación. Todos sus horrores están ahora en las noticias, en los periódicos, en millones de páginas en internet. Se confinó en su cuarto sin salir ni siquiera a la cocina de su casa. Ella misma hace aseo, limpia, desinfecta. Ha leído de manera desahogada, ha visto cine clásico, series, cine de autor y películas de actualidad. Le preparan su comida aparte, le sirven en una vajilla especial y le plastifican todo antes de subírselo a la habitación. Lleva meses

sin verse personalmente con nadie. Habla con su psiquiatra a través de Zoom. En una charla con su madre, le dijo llorando:

—Estoy convertida en una *hikikomori*. Sospecho que ya nunca volveré a salir. El mundo, allá afuera, es para mí una amenaza.

Y lo peor es que tiene razón. Todos hemos venido perdiendo el principio de realidad poco a poco. Todos somos Cuasimodo, encerrados en nuestro campanario viendo allá abajo cómo los seres humanos intentan llevar lo que ellos llaman “una nueva normalidad”.

## ACEITE DE RATEROS

Freddy es el opuesto exacto de Karla, como si se tratara de un espejo invertido que nos mostrara la otra cara de la moneda. Creció en un barrio duro, en las calles, entre malandros y traficantes de drogas. Iba al colegio con una navaja encaletada en un rincón de su morral. Era pésimo estudiante y las clases y los profesores lo tenían sin cuidado. En realidad, lo aburrían profundamente. Le parecían sosos, medio idiotas, amanerados. Toda esa cantaleta de ser un buen estudiante la repetían sin cesar porque no conocían de verdad las calles de la ciudad, la vida nocturna, los enfrentamientos a cuchillo en cualquier esquina.

Cuando terminó el bachillerato, su madre, que trabajaba como empleada doméstica, enfermó gravemente y murió. Él se culpó por ello: un médico irresponsable le dijo en el hospital que si alguien la hubiera llevado con rapidez a urgencias, quizás ella se habría podido salvar. De allí en adelante todo fue culpa y remordimiento.

Freddy tenía dieciocho años recién cumplidos y se metió como mensajero de un capo de medio pelo que había en su barrio. Hacía mandados, llevaba y traía mensajes, recogía fajos de billetes en ciertas ollas (expendios de droga) del centro de la ciudad. La culpa no le daba tregua y seguía sintiendo en el fondo de su ser que su madre había muerto por su negligencia.

Fue en ese momento que descubrió en dos casas clandestinas del barrio Santa Inés, en pleno corazón de la ciudad, que los fines de

semana había jugadores de ruleta rusa: un revólver, una bala, un suicida apuntándose el arma a la sien, y muchos apostadores jugándose fortunas en efectivo. La verdad era que pensaba en suicidarse desde el mismo día en que el médico le había dicho, de manera indirecta, que su madre había muerto por su culpa. No sabía el método, si cortándose las venas, si envenenándose o si lanzándose al vacío desde la azotea de algún edificio elevado. No podía más. Estaba harto de pensar en lo mismo desde la mañana hasta la noche: su madre ahogada, sola, en un rincón de la cama, sin ayuda, desamparada. Cuando él llegó y la sacó en un taxi hasta el hospital, ya era tarde. ¿No era acaso un asesino? ¿No la había matado de la peor manera, a punta de abandono, de indolencia, de descuido?

Freddy se inscribió como participante de ruleta rusa y el capo incipiente para el cual trabajaba lo patrocinó enseguida con una jugosa suma de dinero. La mayoría de los jugadores eran enfermos terminales que estaban buscando cómo dejarle un dinero a su familia. Sin embargo, cuando llegaba el momento, muchos empezaban a hiperventilar, sudaban, les daba mareo, perdían el conocimiento e incluso había algunos que se orinaban o defecaban en los pantalones. Freddy no cerraba los ojos, le pedía perdón mentalmente a su mamá y jalaba del gatillo. Nada. Siempre sobrevivía y empezó a correrse la voz en las calles de que estaba rezado, que tenía pacto con el demonio, que era un alma protegida por espíritus oscuros.

Algún chivato soltó la voz a las autoridades y un infiltrado dentro de la policía dio la voz de alarma de un operativo inminente. Cuando los agentes llegaron un viernes en la noche fuertemente armados y con chalecos antibalas, había unos abuelos jugando cartas y parqués alrededor de una botella de aguardiente.

Freddy se cambió de pensión y dejaron de verse con el capo por un tiempo, mientras pasaba la tormenta. Tenía un dinero ahorrado como producto de los juegos de ruleta rusa y se la pasaba por ahí, entrando a cine, leyendo de vez en cuando en alguna biblioteca pública o comiendo bandeja paisa, que era su plato favorito. Así

fueron pasando las semanas y los meses. Detuvieron a su amigo traficante y a toda la pandilla. La idea de suicidarse, de irse de aquí, donde nunca se había sentido a gusto, regresó con más fuerza.

En ese justo momento empezó la pandemia. El pánico se apoderó de la ciudadanía y a él le sucedió exactamente lo contrario: lo vio como una oportunidad magnífica de morir. Cuando el contagio creció y la mayoría de las salas de cuidados intensivos no tenían ya camas disponibles, un vecino le dijo que no había gente para recoger los cadáveres en los lugares más apartados de la ciudad y transportarlos hasta los hornos crematorios. Freddy se presentó para el trabajo con la secreta ilusión de contagiarse y morir. Se iría como su madre, ahogado, tirado en un rincón, solo, como un perro. Lo aceptaron enseguida porque no había nadie más para el puesto.

A diferencia de los otros encargados, Freddy llevaba un tapabocas comprado en la calle por dos pesos, se le rompían los guantes y seguía trabajando con las manos descubiertas, y no tenía ningún reparo en acercarse al cadáver a su cuerpo mientras lo conducían hasta la camioneta. No se desinfectaba, no se lavaba las manos, se iba a comer sin respetar ningún protocolo de asepsia. Sus compañeros lo llamaban El Loco y él estaba esperando el momento de la buena nueva, cuando empezara a presentar síntomas y saliera positivo.

Y nada, Freddy nunca se contagió. Al momento de escribir estas palabras, allá sigue, metido entre cadáveres, neveras y hornos crematorios. A veces lo imagino como los enterradores durante la peste europea, esos sujetos que narró Alessandro Manzoni en sus libros, que arrastraban los cuerpos en carretas mientras hacían bromas y que se pasaban una botella de vino casero de mano en mano.

Como anécdota final, un amigo que ahora trabaja en perfumería me envió el otro día un frasquito pequeño que decía "Aceite de rateros". Me explicó que esos enterradores europeos que no se contagiaban eran considerados también como ladrones porque cuando llegaban a la casa del muerto no había nadie, bien fuera porque la gente se había ido de ese lugar por miedo al contagio o porque todos

los familiares habían perecido antes; y entonces se llevaban consigo alguna vajilla de plata, algún candelabro de oro, alguna joya que encontraban entre la ropa. Cuando les preguntaron por qué no se contagiaban ellos confesaron que en su vida anterior habían sido perfumeros y que conocían la mezcla perfecta de un aceite que repe-  
lía cualquier tipo de infección. Por eso siempre andaban con ese frasquito colgado al cuello y, antes de entrar a la casa de los finados, se untaban un poquito en el cuello y detrás de las orejas.

Mi amigo encontró la receta por internet, la preparó y me envió un pequeño frasco. Y no puedo dejar de pensar que, mientras Freddy está al otro lado de la ciudad recogiendo cadáveres, yo ando por las calles con mi frasco de Aceite de rateros entre la chaqueta, como dos personajes solitarios y melancólicos que hubieran saltado de las páginas de Manzoni a la realidad del siglo XXI.

## LA ASESORA DE IMAGEN

Amanda es una chica que se inició como cantante en un grupo de rap callejero de un barrio al sur de la ciudad. Las peleas entre sus compañeros la fatigaron hasta el punto de retirarse y se dedicó entonces al tatuaje. Tenía mucho talento para el dibujo y un novio que había tenido le enseñó el secreto de las agujas y las tintas. Su destreza creció y sus clientes la buscaban sobre todo para tatuarse viejas carátulas de álbumes de *rock* famosos: Pink Floyd, The Doors, Santana. Todo iba de maravilla hasta que un cliente que salió positivo en un examen de VIH aseguró que había sido contagiado por la negligencia de ella durante una sesión de tatuaje, lo cual era falso. Las agujas se cambian siempre y los protocolos de asepsia son estrictos. La voz se corrió y la clientela bajó notablemente. Fue entonces que, por casualidad, Amanda cogió un libro que alguien había dejado olvidado en el local y lo leyó. El título le había llamado la atención desde la primera vez que lo vio: *El libro de los muertos*. Quedó impactada y subió a sus redes sociales palabras y reflexiones en torno al más allá, al viaje que todos debemos emprender en algún momento, a la transitoriedad de nuestras vidas:

Me siento por fuera de la realidad. No sé qué fue lo que sucedió, pero ya no encajo. Algo me sacó y no sé si pueda regresar. Me he sentido muy sola últimamente. Camino por la ciudad, veo a la gente entrando o saliendo de oficinas y entidades bancarias, y me pregunto si se dan

cuenta de que están vivos, sin son conscientes de ello. Son como robots, como máquinas programadas para trabajar y nada más. La otra noche tuve un sueño que me dejó aterrada: soñé con montañas y montañas de cadáveres. La ciudad se veía invadida de cuerpos inertes que se iban acumulando por todas partes. Fue algo muy impactante. Me pregunto si la muerte no estará acechándonos, si no estaremos prontos a ser aniquilados por algún terremoto o por algún ataque terrorista.

Un año después estalló la pandemia y ese sueño de Amanda cobró sentido. Las salas de tatuajes se cerraron y ella se quedó sin trabajo. Un primo le ofreció un puesto en un lugar que no solo seguía abierto, sino cuya clientela seguía creciendo día a día: una funeraria. Le dijo con acento caleño:

—Mirá, ve, estamos necesitando a alguien que arregle y maquille los cadáveres en los cajones. Algunos familiares piden verlos para despedirse de ellos antes del entierro o de la cremación. Vos verás si te le medís.

Ella aceptó enseguida y entonces se presentó con un kit de maquillaje el primer día de trabajo: polvos, sombras, cremas, pestañina. Incluso a algunos hay que cortarles las uñas de las manos y los pies porque son ancianos que viven solos y a los que ya nos les importa su aspecto físico. Una manicura y una pedicura para entrar a la muerte un poco más elegante.

Hace poco escribió en su blog un par de renglones que me encantaron:

Los embellezco, los rejuvenezco, les doy la importancia que en vida no tuvieron. Los visto de la mejor manera que puedo, les quito las imperfecciones, les corrijo las líneas de expresión para que no se vean tan decrépitos. Cuando son jóvenes me esfuerzo para que su belleza tenga algún impacto en los que se acercan al féretro para despedirse y que no los puedan olvidar. He llegado hasta el punto de vestirlos con ropa interior *sexy*, como si no fueran camino a un horno crematorio, sino a un

encuentro sexual con la muerte. Es un trabajo que me encanta y cada vez les voy cogiendo más cariño a mis clientes, a los que solo veo una vez en la vida. Creo que después de esta pandemia seguiré aquí. No quiero volver a trabajar con los vivos.

Se me ocurre que Freddy y Amanda harían una pareja perfecta: el recolector y la asesora de imagen de cadáveres. Les enviaré un mensaje a ver si logro que se conozcan. El escritor que deviene un cupido negro y mortuorio en medio de una pandemia. No está mal.

## BABY BOOM

Jennifer quedó embarazada muy joven y tuvo que desistir de continuar con sus estudios. Consiguió un trabajo en una fábrica de envases plásticos. Como tantas madres solteras, se encargó ella sola de su niña y la fue sacando a flote poco a poco. No volvió a establecer relaciones sentimentales por miedo a que ese hombre maltratara a su hija o le hiciera daño de alguna manera. Muy de vez en cuando tuvo alguna aventura con algún amigo o conocido que le presentaban, pero no dejaron de ser encuentros fugaces y sin mayor trascendencia. Su soledad era algo que le pesaba mucho, pero se imaginaba que quizás la compañía pesara más.

Cuando cumplió treinta años, una amiga le dijo que había una vacante en la fábrica donde ella trabajaba: era un laboratorio donde se llevaban a cabo las pruebas de algunos productos de belleza especializados. Había una sección de cremas rejuvenecedoras, otra de productos para el cabello y una tercera de ungüentos y cremas medicadas para pacientes con problemas determinados: quemaduras, vitiligo, alergias. El trabajo era mucho mejor y ganaría casi el doble. Jennifer aceptó enseguida.

Los primeros meses transcurrieron sin mayores contratiempos. Ella estaba a gusto y el aumento le permitió mejorar sus condiciones de vida. Procuraba hacer las cosas lo mejor que podía.

Cuando Jennifer cumplió un año dentro de esa empresa, una tarde la llamó la supervisora y le dijo:

—Estamos muy contentos con tu trabajo aquí. Hemos pensado en ascenderte. Te vamos a nombrar en un cargo de mayor responsa-

bilidad y esperamos que seas digna de ese nombramiento.

—Claro que sí, señora, por supuesto. No los defraudaré —dijo Jennifer muy emocionada.

—El sueldo es mucho mejor y tendrás también un subsidio de transporte. Lo único es que tienes que firmar una cláusula de confidencialidad.

—Sí, señora, claro. Gracias por la oportunidad.

—No puedes hablar con nadie sobre tu trabajo. Ni siquiera con tus compañeras aquí dentro de la empresa.

—Puede confiar en mí, se lo aseguro.

Al día siguiente, en efecto, la trasladaron a una especie de bodega que quedaba en la parte trasera y que tenía el acceso restringido. Todos usaban trajes aislantes, guantes y caretas de seguridad. El trabajo consistía en clasificar una serie de residuos humanos (así los llamaban), lavarlos para quitarles la sangre y meterlos en unos contenedores que se congelaban en unos refrigeradores gigantes. Desde el primer momento, Jennifer se dio cuenta de que se trataba de placentas, cordones umbilicales y fetos que estaban en formación. Era algo terrible de ver. El material llegaba casi siempre de noche, en unas furgonetas negras especiales, y nadie preguntaba ni decía nada al respecto. Ellas clasificaban, lavaban, introducían en los contenedores y organizaban todo en los refrigeradores. De allí, otro tipo de personal llevaba la materia prima para los laboratorios, donde procesaban y preparaban los productos finales.

Imposible no recordar esos jabones especiales y de óptima calidad que hacían los nazis con la grasa humana que quedaba en los hornos crematorios de los campos de exterminio durante la Segunda Guerra Mundial. Monstruoso.

Entonces llegó la pandemia y las primeras cuarentenas que se abrían y se cerraban cada quince días o cada mes. La empresa estaba mejor preparada que otras para las normas de bioseguridad, así que obtuvo la licencia de funcionamiento con rapidez.

Jennifer decidió contarle todo a una vieja amiga a la que consideraba como una hermana, y una noche le escribió:

¿Sabes qué es lo más curioso de todo esto? Que estamos casi sin trabajo. No hay “residuos humanos”, que, hablando con claridad, son abortos, placentas, fetos y cordones umbilicales que se venden clandestinamente. Uno tiende a creer que después de lo que hemos visto en los últimos meses a nadie se le ocurriría tener un hijo. Pero no, es al revés. Las mujeres no están ya abortando. Una de mis compañeras me contó que hay un trato entre esos médicos que practican abortos en sus consultorios y la empresa para la cual trabajan. Se les paga por peso. Cada bolsa es medida y pesada con mucho cuidado. Y esos médicos continúan trabajando normalmente (ellos pueden transitar sin restricciones durante la cuarentena), pero ya casi no tienen clientela. Las mujeres no quieren abortar ahora. Es extraño, ¿no te parece? Lo único bueno de todo esto es que me ha hecho recapacitar. Creo que voy a renunciar. No quiero ganarme la vida de esta manera. Venía sintiéndome muy deprimida. Ya he hablado con mi hija y prefiero ser más pobre que continuar en esta carnicería.

Claro, el instinto del código genético activándose en las zonas del cerebro más recónditas y atávicas: Tánatos activa Eros, la muerte activa los anhelos de vida. A mayor cantidad de entierros y cremaciones, mayor cantidad de nacimientos también. A mayor número de féretros, mayor número de cunas. Somos puros animales atravesados por fuerzas biológicas invisibles.

El problema es que la moral que celebra la reproducción de nuestra especie ya no nos sirve. Una mujer embarazada hoy no es una buena noticia, independientemente de los medios económicos que tenga para sostener a ese bebé y darle una vida decente. El rasero es el mismo tanto para gente adinerada como para gente humilde. Nadie debería procrear en este momento. ¿Por qué? Porque nos hemos reproducido más allá de los límites razonables. El sistema está sobresaturado. Apenas en el año 1800 alcanzamos los mil millones de personas. Doscientos años después, en el año 2000, éramos ya seis mil millones de individuos. Y en estos veinte años hemos subido la cifra a siete mil setecientos millones de personas. Los expertos consideran que en dos décadas

más estaremos rozando los diez mil millones. Es un ritmo desaforado, sin control, enloquecido. Por eso lo han llamado la bomba demográfica, es decir, un asunto tan peligroso que nos puede estallar en las manos y dejarnos heridos de muerte. Lo que necesitamos es una nueva moral que celebre el crecimiento cero.

Hace unos días, un periodista norteamericano muy reconocido salió al aire anunciando al final de su programa que tenía una muy buena noticia para todos los espectadores:

—En medio de estas circunstancias tan difíciles —dijo con una sonrisa de oreja a oreja— les tengo una noticia extraordinaria que me conmueve hasta las lágrimas: acabo de ser padre.

Y enseguida apareció en la pantalla la foto de un bebé medio dormido y baboso. Miré al periodista lleno de canas, con las primeras arrugas en su rostro y le calculé más o menos mi edad: un cincuentón ya en caída hacia la vejez. No podía creer lo que estaba escuchando. La pandemia va mostrando cada vez más nuestra ignorancia con respecto al comportamiento de la COVID-19 y Naciones Unidas anuncia una catástrofe humanitaria inminente. Hablan incluso de una hambruna de “proporciones bíblicas”. ¿Y traer un niño al mundo en este momento es una buena noticia? Sin contar con todo lo que ese bebé consumirá y contaminará de aquí en adelante. Tanta imbecilidad es de no creer.

Y cuando estaba a punto de cambiar de canal, el susodicho volvió a sonreír y anunció como un creyente dando testimonio frente a los feligreses de un culto de subnormales:

—Y lo mejor de todo esto es que algunos expertos consultados por mi programa están hablando ya de un *baby boom*: en unos meses todas las mujeres que están quedando embarazadas durante la cuarentena darán a luz. ¡Es el triunfo de la vida sobre la muerte!

Tuve ganas de botar el televisor por la ventana, como hacen los fanáticos de fútbol brasileños cuando su selección pierde. ¡Un *baby boom*! Lo que nos faltaba: ir cantando tonadas infantiles mientras vamos camino al matadero.

